

DILEMAS ÉTICOS Y METODOLÓGICOS EN EL TRABAJO DE CAMPO.

Reflexiones de una antropóloga

Chiara Cerri

CSIC (España)

chiara.cerri@cchs.csic.es

ETHICAL AND METHODOLOGICAL DILEMMAS IN THE FIELD WORK. Reflections of an anthropologist

Resumen: El artículo es una aportación a la reflexión sobre los dilemas éticos y metodológicos que surgen en el trabajo de campo etnográfico. A través de su experiencia personal, la autora se interroga acerca de las implicaciones de género a la hora de acceder a la información y reflexiona sobre las fronteras entre lo profesional y lo personal, el equilibrio entre las necesidades de la investigación y las necesidades de los sujetos de investigación: cómo estos dilemas influyen en la producción de conocimiento y cómo, al mismo tiempo, son fruto de la interpretación que el investigador hace de la situación en la que se encuentra cuando dichos dilemas surgen.

Abstract: The article is a contribution to the reflection about the ethical and methodological dilemmas that appear during the ethnographic fieldwork. Through personal experience, the author wonders about the implications of gender in access to information and reflects about the limits between professional and personal matters, and the balance between the needs of research and the needs of research subjects: how these dilemmas affect the production of knowledge and how, at the same time, are the result of interpretation that the researcher makes when emerge these dilemmas.

Palabras clave: Trabajo de campo. Género. Ética. Metodología. Conocimiento
Fieldwork. Gender. Ethics. Methodology. Knowledge

I. Introducción¹

Este artículo² es fruto de un trabajo de investigación realizado hace un año para obtener el Diploma de Estudios Avanzados. Normalmente, el formato académico solicitado para una tesina obliga a excluir de la redacción gran parte de las reflexiones sobre la experiencia vivida durante el trabajo de campo. Reflexiones necesarias para el enriquecimiento de la disciplina antropológica, sobre todo si tratan cuestiones éticas y metodológicas que afectan a la investigación.

Sin pretensión de llegar a conclusiones cerradas, cosa difícil ya que cuando se trata de ética no hay soluciones universales, esta comunicación representa la posibilidad de explorar en profundidad los conflictos que han surgido durante mi trabajo de campo y devolverles su importancia.

Creo que sin las introspecciones sobre la experiencia etnográfica personal, la disciplina nunca habría llegado a reformularse en beneficio de sí misma, a través de distintos enfoques como la Antropología Interpretativa, Reflexiva o las más recientes Investigaciones de Acción Participativa (Greenwood, 2000), la Nueva Etnografía (Goodall, 2000) y la Antropología de la interculturalidad (Dietz, 2011).

Como afirma Jociles, la investigación etnográfica es algo vivo que, por una parte, implica un trabajo continuo de reflexión epistemológica y analítica con los que se obtienen resultados. Por otra, conlleva una relación humana entre el etnógrafo y los “nativos”. Dicha relación constituye la base en la que aplicar las distintas técnicas de producción de datos y, al mismo tiempo, es una experiencia “viva” “nunca ajena a todo tipo de situaciones equívocas, de variopintos malentendidos” (Jociles, 1997: 98).

Aunque nos sigue durante toda la vida, la experiencia personal se desarrolla en gran parte durante el trabajo de campo, aquí concebido no sólo como un espacio-tiempo donde se busca el material empírico necesario para alcanzar los objetivos propuestos, sino “también en sí mismo un proceso, una secuencia de acciones, de comportamientos y de acontecimientos, no todos controlados por el investigador” (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 18). No poder controlar los acontecimientos es una característica básica del trabajo de campo: se trata de entablar relaciones con personas. Y las personas, como las relaciones, son imprevisibles.

Este factor primario no puede ser obviado. Se establecen unas relaciones sociales que inevitablemente, como dice Bourdieu (1999) hablando de la relación entre entrevistados y entrevistador, generan efectos sobre los resultados. Por lo tanto, añadido yo, si remontamos el recorrido que el etnógrafo hace hasta llegar a los resultados, los primeros efectos generados por el hecho de trabajar con personas son los conflictos éticos y metodológicos.

No es mi intención afirmar que solamente en el trabajo de campo afloran dichos dilemas, ya que estos se presentan también en el momento de escribir la etnografía o cuando se publica el material recopilado. Sin embargo, en el texto que aquí presento, basado en una experiencia personal, me centraré en los conflictos que aparecen durante el trabajo de campo, debido al contacto cercano y prolongado con los sujetos de investigación.

Estos se generan por determinadas características del campo, como fueron las implicaciones de género en mi caso, pero también surgen por los compromisos a los que están sometidos los y las investigadores/as.

Según el código ético de la Asociación Americana de Antropología, los y las antropólo-

1 Trabajo realizado mediante la Ayuda Predoctoral de Formación de Personal Investigador (BES-2009-026934) asociada al proyecto de investigación (CSO2008-04747) “Los usos del tiempo en España e Iberoamérica. Los tiempos del cuidado”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y dirigido por la Profesora María Ángeles Durán.

2 El artículo es una versión ampliada de la comunicación presentada en la XIV Jornada de Antropología de la Asociación Vasca Ankulegi, celebrada en Donostia-San Sebastián el 1 de Abril de 2011.

gos/as tienen compromisos: con la disciplina y la Academia; con las personas con las que se realiza el estudio; con el público que recibe los resultados; con los estudiantes. Aunque no nos encontramos en Estados Unidos y nadie nos obliga a seguir estas pautas prefijadas, indudablemente el código recoge los compromisos generales a los que estamos sometidos como antropólogos/as. Por lo que, a mi entender, los dilemas éticos surgen en primer lugar de la búsqueda de un equilibrio entre las obligaciones.

Gunther Dietz sostiene que la relación que se instaura en el campo es inevitablemente asimétrica (investigador/investigados) y que “únicamente puede ser redefinida si la antropología se ‘posiciona’ de una forma u otra ante las exigencias de ‘compromiso’ formuladas por el objeto-sujeto de estudio” (Dietz, 2011: 9).

Sin embargo, a la hora de realizar trabajo de campo, resulta difícil para el investigador, o investigadora, “posicionarse” y, probablemente, de esta dificultad derivan gran parte de los conflictos.

Al mismo tiempo, desde el principio, resulta difícil definir de manera clara y concreta qué son los dilemas éticos. Sin adentrarme en las reflexiones más filosóficas acerca de la ética, la moral y sus distintas naturalezas, coincido con Caplan (2003) en la necesidad de reflexionar sobre ellas como si fueran una elección y un conflicto entre elecciones, por la existencia de varias alternativas morales.

En mi experiencia personal, los conflictos han aflorado por la dificultad de responder simultáneamente a mis obligaciones con los sujetos de estudio y con la disciplina. La pregunta que siempre resonaba en mi cabeza era ¿hasta que punto puedo implicarme en las vidas de las personas por el bien de la investigación? Desde esta pregunta afloraban muchas más, como ¿es ético implicarme en sus vidas con el fin único de recopilar información? ¿No me estoy aprovechando de ellas?

Estos son en síntesis los dilemas éticos a los que me enfrentado, con el factor añadido de género, ser mujer entre mujeres, en un contexto particular. Ahora, considerando que dichos dilemas no hubieran surgido en otras circunstancias, antes de relatarlos presentaré el contexto en el que he realizado la investigación.

II. Implicaciones de género en el trabajo de campo

El trabajo de campo se ha desarrollado durante el 2010 en Sierra de Gata, Mancomunidad en provincia de Cáceres³, donde realicé diferentes estancias entre los meses de verano e invierno. Las localidades estudiadas han sido dos, sin embargo, me alojé en un único municipio, de alrededor de 900 habitantes.

El objetivo principal de la investigación era explorar en profundidad los factores que determinan, y son determinados por, las relaciones de cuidados en el caso de las personas mayores⁴, en ámbitos públicos y privados. Por lo tanto, elegí los municipios por la presencia de servicios públicos de cuidado, algunos instituidos a partir de la llamada Ley de Dependencia⁵ española: Ayuda a domicilio, Teleasistencia, Hogar del pensionista, Centro de Día, Comida a domicilio, Pisos Tutelados y Residencia.

3 Para salvaguardar la confidencialidad de los informantes, los nombres reales de los municipios y de las personas se han ocultado o sustituido con nombres ficticios. Los únicos nombres reales son los de la Mancomunidad, la Provincia y la Región Autónoma, para ubicar el contexto de la investigación.

4 A efectos estadísticos y administrativos, se denominan “mayores” a aquellas personas que superan los 65 años de edad, ya que se trata de la edad media de jubilación. Sin embargo, en el estudio realizado, se recurre al término “mayores” para nombrar colectivamente a los sujetos involucrados, sin pretender presentar un grupo totalmente homogéneo, y hacer la lectura más sencilla posible. De hecho, las personas que han tomado parte en la investigación, en particular mujeres, superan de media los 75 años de edad, por lo que se podría hablar de una “cuarta edad” o de los “mayores viejos” para diferenciarlos de los “mayores jóvenes”.

5 Ley 39/2006, del 14 de diciembre, de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia.

Además, la elección fue determinada por la principal característica demográfica de la zona: el proceso de sobrevejecimiento poblacional. Este se debe a tres fenómenos: el aumento de la esperanza de vida; la emigración pasada y presente que ha dado lugar a un proceso de despoblación y, por consiguiente, de envejecimiento migratorio (Pérez Díaz, 2006); por último, el retorno de los mayores: individuos originarios de estas localidades que emigraron para trabajar y, una vez retirados del empleo, deciden volver al pueblo.

Otra característica de la zona, hallada durante el trabajo de campo, es la condición de soledad en la que viven las personas mayores. Soledad como estado empírico y, sobre todo, como estado emotivo.

En primer lugar, como estado empírico, ya que gran parte de estas personas, sobre todo mujeres, vive sola⁶ y, en muchos casos, los hijos, las hijas y los demás familiares cercanos han emigrado, aumentando aún más el estado de soledad.

Sin embargo, este estado concreto se contrapone a la proximidad espacial y relacional de los municipios, donde todos se conocen y parece imposible no tener compañía. Es inevitable que se tengan cotidianamente visitas. Puede tratarse de vecinas, de la auxiliar de la ayuda a domicilio, del repartidor de butano, del cartero, etc. Además, es muy frecuente que, durante un paseo o haciendo algún recado, se encuentre alguien con quien intercambiar unas palabras. Es decir, a nivel “práctico” es imposible estar solos, se quiera o no.

Analizando este primer nivel situacional caracterizado por la proximidad espacial y relacional de los municipios, la investigación ha permitido revelar que no siempre el “no estar solo” corresponde al “no sentirse solo”. De hecho, se puede estar físicamente en compañía y sentirse solo o, al revés, estar solo y no padecer ninguna sensación de soledad. Por tanto, la soledad se presenta también como un estado emotivo. Y si el sentimiento de soledad no depende de la presencia o ausencia de compañía, significa entonces que se origina en la necesidad de las personas mayores de sentirse consideradas, sobre todo por parte de sus familias.

Además, el hecho de poder beneficiarse de unos cuidados prácticos a través de la Administración, hace que los mayores soliciten más cuidados emotivos y, con ellos, más consideración. Si no se recibe, o no se recibe en la manera que gustaría, se sienten abandonados y “enferman” de soledad. De ahí sus peticiones casi infinitas de atención, para alejar la pena y sentirse más “sujeto” (Vega Solís, 2009).

A estas conclusiones he llegado gracias a la atención puesta en las emociones de los sujetos investigados. De hecho, como afirma Jociles refiriéndose al trabajo de Rosaldo (1989),

“los estados emocionales de los sujetos investigados son una variable explicativa de sus prácticas sociales de tanta magnitud que, de no tenerlos en cuenta, el etnógrafo se condena a dejar cojo su esquema de interpretación, a no poderlas comprender sino parcialmente” (Jociles, 2000: 131).

No profundizaré aquí en esta cuestión, ya que nos llevaría por otros senderos hermenéuticos lejanos al tema principal de la comunicación. Sin embargo, conocer, aunque someramente, las condiciones de soledad emotiva en las que se encuentran los sujetos de la investigación, sobre todo mujeres, es fundamental para entender el desarrollo de mi trabajo de campo y los dilemas éticos que han ido surgiendo, ya que en otro contexto no habrían aparecido.

En otro contexto, probablemente, tampoco hubieran aflorado las cuestiones debidas al ser una antropóloga mujer entre informantes mujeres.

El peso de pertenecer al género femenino se ha revelado en las dificultades encontradas

6 El Censo realizado en España en el 2001 (INE, 2001), que presenta los datos más recientes sobre la estructura de los hogares, demuestra que en ambos municipios cerca del 70% de las personas con más de 65 años vive sola o en pareja. En la mayoría de los casos son mujeres.

para acceder a la población masculina, con la cual la comunicación ha sido escasa y complicada a pesar de los intentos. Al contrario, con las mujeres logré desde el principio una fácil acogida y entablé con ellas una relación más espontánea. Esta situación conlleva, de partida, algunos interrogantes acerca de las implicaciones de género a la hora de realizar el trabajo de campo y acceder a la información.

Por género me refiero a la estructura de relaciones sociales arbitrada por relaciones de poder (Connel, 1987 citado por Del Valle, 2002; Scott, 1986 citado por Busoni, 2000). Por lo tanto, es necesario tener en consideración el particular sistema de género del contexto de estudio, donde permanece una clara distinción entre hombres y mujeres que influye en todos los aspectos de la colectividad. Dicha diferenciación es más visible entre las personas mayores, pero existe también entre los más jóvenes.

En efecto, la observación de la vida cotidiana me permitió descubrir que los lugares y las actividades definían la participación según el género. Por ejemplo, en los bares estaban los hombres, mientras que las mujeres charlaban en grupo en frente de los portales. Solamente las mujeres más jóvenes o aquellas que venían de vacaciones se sentaban alguna vez en los bares. Pero no se quedaban mucho tiempo, al contrario de los hombres que podían pasar allí toda la tarde jugando a las cartas.

En el campo de los cuidados, institucionales y domésticos, las mujeres son las protagonistas, siendo ellas quien se ocupan de los niños y los mayores, así como, al revés, los hombres siguen siendo los que se ocupan en gran mayoría del campo, a parte la excepción de la recolección de aceituna que ocupa hombres y mujeres de igual manera.

Todos estos ejemplos sirven para demostrar que me encontraba en un espacio socialmente y simbólicamente diferenciado en base al género, donde, a los ojos de los demás, asumía una posición determinada en cuanto mujer y mujer joven. Por este motivo, coincido con Busoni en que,

“cada actividad humana es de alguna forma y en alguna medida afectada por la disposición de género presente [...] la antropología participa en la producción de una forma de conocimiento que no es libre - ninguna manifestación humana lo es - de una determinada disposición de relaciones sociales entre sexos” (Busoni, 2000: 77).

Asimismo, considero necesario matizar que la dificultad para entrar en contacto con el mundo masculino y la facilidad de relacionarme con el mundo femenino no derivan de un hecho “natural” que hace que yo, por ser mujer, tenga más puntos en común con el mundo femenino. Más bien, dependen de las relaciones sociales y jerárquicas, de género, existentes en el contexto de estudio.

Ya en los años setenta hubo un debate interno en la disciplina acerca del rol de la antropóloga en el trabajo de campo. La cuestión principal era saber si solamente las mujeres podían etnografiar la vida de otras mujeres debido a una cercanía “natural”. Aceptar esta visión significaría apoyar la investigación en rígidos presupuestos positivistas que atribuyen una visión masculina y otra femenina a cuerpos sexualmente diferenciados, anulando así las aportaciones del feminismo.

Ya que no comparto esta postura, recurro a Del Valle (2002) cuando dice que las mujeres han sido sometidas a un “entrenamiento cultural” para la atención y el cuidado de los demás, por lo que ven las relaciones de amistad como un contexto para compartir intimidades y confidencias. Podemos ir más allá y decir que las mismas implicaciones se encuentran en el proceso relacional anterior a la amistad: el acercamiento entre personas. El contacto que se produce, durante el trabajo de campo, entre la investigadora y los demás.

En mi caso, las mujeres, a diferencia de los hombres, acabaron viéndome como una persona cercana. Al principio les expliqué que estaba allí para llevar a cabo una investigación.

Por lo tanto, tenían más o menos clara mi posición y me presentaban a los demás como una estudiante que venía de Madrid. Sin embargo, cuanto más avanzaba mi estancia, más parecían olvidarse de este particular, tanto que acabaron presentándose como su nueva “amiga”. Me encontré así en una situación “amistosa” que se intensificaba a través de las invitaciones de ir a sus casas a comer y/o tomar café.

El acceso a este “mundo privado” me permitía obtener informaciones valiosas para la investigación y, al mismo tiempo, planteaba cuestiones éticas acerca de mi posición.

III. ¿Cómo actuar?

La “cercanía de género” se insertaba en la particular situación de soledad de las mujeres mayores. Dicha condición provocaba en ellas unas continuas demandas, explícitas e implícitas, de escuchas y de atención hacia los demás, antropóloga incluida.

Me encontraba obligada a responder continuamente a dichas peticiones, preguntándome a la vez hasta qué punto tenía que satisfacerlas y, sobre todo, con qué objetivo. Estaba en vilo entre mantener el rol de profesional, levantando fronteras, y ser una “amiga”.

En realidad, aunque las mujeres me definían así, no sé qué rol me concedieron. Quizás veían en mí una “psicóloga” o una trabajadora social dispuesta a escucharlas. Pero, seguramente había desaparecido de su mente mi rol de antropóloga.

Lo que me interesa evidenciar aquí es que, más allá del rol que me asignaron, las peticiones de consideración, escucha y atención estaban allí, y yo no podía hacer oídos sordos. De alguna manera, tenía que tomar una decisión y responder.

Las cuestiones éticas surgen entonces al preguntarse cómo hay que situarse, reflexionando acerca del equilibrio entre las necesidades de la investigación y las necesidades de las mujeres sujetos de investigación.

La relación de reciprocidad no se limitaba a un intercambio de favores cotidianos. A causa de mi posición imparcial, por el intento de mantener un rol lo más neutral posible, ofrecía a las mujeres lo que más deseaban: consideración, compañía y respecto. Pero ¿hasta qué punto se lo podía dar? ¿Hasta convertirme exclusivamente en su amiga? Si la amistad se basa en la voluntariedad de ambas partes (Cucó, 1995), ¿yo tenía la voluntad de ser su amiga? Y sobre todo, por el bien de mi trabajo, ¿tenía la “posibilidad” de ser su amiga?

Sanmartín sostiene que “el rol del investigador es siempre un nuevo rol que construye el antropólogo en su interacción en el campo con los actores” (Sanmartín, 2000: 113). A pesar de parecer algo bastante sencillo, en el día a día de un trabajo de campo de larga duración, construir un nuevo rol implica un esfuerzo significativo y el constante “miedo” de estar perjudicando la investigación.

En el campo me sentía continuamente en una condición de doble agencia (Díaz de Rada, 2010), actuando y resolviendo continuamente los dilemas éticos que surgían de la concurrencia de dos moralidades diferentes.

Por un lado, la “personal”, relativa a la convivencia y coparticipación entre personas. Aquel código ético que aprendemos en el espacio y el tiempo en el que vivimos y que nos dirige en cada ámbito de la vida. De hecho, cada tipo de relación conlleva un particular código ético al que nos remitimos para interactuar con los demás de la forma más “correcta”. Este nivel supone ya de por sí una serie de conflictos.

Por otro, la “profesional”, que nos obliga a respetar unos compromisos con la comunidad científica y con los sujetos de estudios. Además, para ser “objetivos”, nos obliga a establecer límites entre nuestro ser personal, nuestro yo, y nuestro ser profesional, produciendo estrategias metodológicas para “crear distancia”.

En mi caso, para mantener dicha distancia, a veces decía que no a algunas peticiones de las mujeres. La primera sensación era que las estaba decepcionando. Al mismo tiempo, me perseguía la duda de estar perdiendo una ocasión importante para la investigación. En tercer lugar, me preguntaba cuáles serían las consecuencias de mi decisión, cualquiera esa fuera.

Como las veces en que Charo intentó convencerme para que la llevara en coche a casa de su hijo, en otra localidad cercana, para pasar la tarde con ellos.

Si la acompañaba, por una parte tenía una ocasión para recopilar posibles informaciones relevantes acerca de sus relaciones familiares; por otra, involucrándome tanto en su vida, podía darle la esperanza de convertirme en la hija que nunca tuvo o en la amiga cercana que, a lo mejor, estaba buscando. Una esperanza que no creía poderle dar.

Si no la acompañaba, decisión que tomé, no sólo me parecía que estaba perdiendo una ocasión para realizar una buena observación participante, sino que sentía que de alguna forma la decepcionaba, con el consiguiente miedo a perderla para siempre. Además, me sentía hipócrita para no estar respondiendo de manera recíproca a todo lo que ella había hecho por mí.

¿Qué habría tenido que hacer? Tomé una decisión, no sin conflicto, que no me es posible determinar si acertada o no.

Con este ejemplo quiero mostrar como el día a día del trabajo de campo provoca un sin fin de cuestiones éticas y metodológicas que llevan a preguntarse continuamente cómo hay que actuar. ¿A que compromiso responder? ¿A la academia o a los sujetos?

Estas son cuestiones que derivan de “la vinculación moral del etnógrafo con las personas del campo [que] pasa primariamente, para bien y para mal, por la inmediata relación intersubjetiva que mantiene con ellas en la practica de campo”(Díaz de Rada, 2010: 58). Además, son cuestiones que difícilmente encontrarán respuestas, pero que es necesario poner sobre la mesa para evitar que desaparezcan.

En otro tipo de situación, en la que me encontré sobre todo al final de las estancias, algunas mujeres parecían “quererme sólo para ellas”. Por ejemplo, una mañana fui a visitar a María. Me invitó a un café pero yo lo rechacé porque no quería darle trabajo. Después de más o menos una hora en la que charlamos cómodamente, me fui a comer a casa de Pilar, que me había invitado el día anterior. No le dije a María que había sido invitada por Pilar, ya que no pensaba que esta omisión pudiera tener alguna consecuencia. Sin embargo, mientras estaba en casa de Pilar, llamó María. Pilar le dijo que yo estaba allí, que había comido con ella y ahora estábamos tomando café. Al oír esto, María protestó porque en su casa, antes, había rechazado el café. Para que se tranquilizara, Pilar le dijo (mirándome) que en cuanto acabara el café me pasaría por su casa para tomarme otro. Y allí acabó la conversación telefónica. Por lo tanto, una vez acabado el café, hice seña de irme para visitar María. Pensaba que Pilar estaba de acuerdo ya que, además, fue ella quien “decidió”. Nada más decirle que me iba a casa de María, Pilar me dijo que no, que me quedara un poco más, que María ya la había visto por la mañana y no era necesario que volviera. A lo que, ya no sabía qué hacer, y en mi cabeza empezaron a surgir los conflictos: ¿Me quedo? así Pilar está contenta y podemos seguir hablando y esto es bueno para mí trabajo. Pero si me quedo, María se ofenderá porque me estará esperando. La puedo perder como informante y como vecina. ¿Me voy? Pero, si me voy, es Pilar la que se puede ofender. ¿Qué hacer?

Situaciones parecidas las viví con otras mujeres. Como el caso de Ana que, en cuanto hacía seña de irme, empezaba a hablar casi sin respirar, obligándome a esperar que hiciera una pausa para despedirme. A veces sentía casi miedo de decir a una que tenía que irme porque había quedado con otra.

En estos escenarios no solamente cuestionaba las consecuencias que mis acciones hubieran podido tener en nuestras relaciones personales, como vecinas o “amigas”. Me preocupaban las consecuencias para el desarrollo del trabajo de campo y la investigación.

Además, se introducía la duda de estar aprovechándome de la situación de soledad, en la que se encuentran estas mujeres, para recopilar más información.

El sentimiento de soledad que ellas experimentaban era para mí un escenario perfecto.

Mi “obligación” metodológica⁷ de escuchar sus testimonios, les permitía contármelos y obtener así atención. Pero ¿era ético implicarme en sus vidas con el fin único de recopilar información? Al mismo tiempo, esta “obligación” metodológica de ser paciente, callada y “neutra” ¿podía ser la causa de que ellas se aprovecharan de mí?

Nunca hay que olvidar que los sujetos de estudio son agentes activos, que reaccionan y actúan en el mismo campo donde realizamos el trabajo, desde su posición y en base a sus objetivos. Por lo tanto, es posible que las mujeres se “aprovecharan” de mí para no sentirse solas, al mismo tiempo en que yo me “aprovechaba” de ellas para cumplir con mi estudio.

¿Se trata entonces de una relación de reciprocidad lineal? Puede ser, pero a esta conclusión he llegado al final del trabajo, cuando los conflictos éticos y metodológicos ya habían aparecido. Además, se trata de una conclusión ficticia, ya que es imposible saber lo que realmente las mujeres veían en mí, querían de mí y hacían con migo.

Esto revela cómo los dilemas éticos surgen también en base a la valoración que nosotros hacemos de la situación. En realidad yo no sabía, ni se, que querían realmente estas mujeres de mí, ni si realmente se iban a ofender si le decía que no o a alegrar si le decía que sí.

¿Significa entonces que estaba juzgando la situación en base a mis categorías interpretativa? ¿O que estaba intentando comprender cuales fueran sus categorías, de las “nativas”, para poder llegar a una resolución?

IV. Para concluir

Realizar el trabajo de campo, como mujer entre mujeres, me ha inducido a unas consideraciones éticas sobre mi rol como antropóloga y a unas consideraciones ético-metodológicas sobre las relaciones que se establecen con los sujetos de estudio en el día a día.

Cada trabajo de campo es único e irreplicable, pero esto no significa que los dilemas que surgen son únicamente conflictos psicológicos personales. Es indudable que los dilemas éticos en el trabajo de campo repercuten de alguna manera la personalidad del investigador, llevándole a veces a cuestionarse sí mismo. Sin embargo, se trata de dos cosas distintas, aunque relacionadas entre sí.

Si los conflictos llevan únicamente a cuestionar la propia personalidad y el propio yo, son conflictos que el investigador entabla con sí mismo como subjetividad. En cambio, si los conflictos llevan el investigador a cuestionar su forma de comportarse con los demás en el campo, en relación a ellos y a la disciplina, y las consecuencias de su comportamiento por la investigación, significa que está cuestionando el código ético del que es portador como individuo y como profesional. Como sostiene Madison (2005), el modo peculiar de comportarse del investigador, respecto a sí mismo y a su entorno, no es lo mismo que la subjetividad. El primero requiere que se dirija la atención más allá de la propia identidad individual y, aunque la subjetividad es parte inherente de la investigación, esta no se tiene que parar al escrutinio autobiográfico.

En esta línea, desestimo las propuestas que sugieren considerar la etnografía casi únicamente como una producción subjetiva de la propia experiencia personal, una “reflexividad del autor-antropólogo” (Dietz, 2011:13), porque dejan de lado el válido conocimiento que se produce durante el trabajo de campo a través de la comprensión, la interpretación, la reflexividad de las que se hace uso.

Por el mismo motivo, convengo con Lisón Tolosana cuando sostiene que el trabajo de campo etnográfico es una “aventura sin límites” con la que,

“aportamos comprensión empática, escrutinio escrupuloso y rigurosa inferencias [...] apuntamos a lo verosímil y convincente y ofrecemos conjuntos

⁷ Hablo de “obligación” refiriéndome al principio ético de interferir lo menos posible en lo que se observa y se escucha, principio que considero característico del trabajo de campo etnográfico.

de juicios razonables y razonados” y donde “cuestionamos, dudamos, porfirmos y ofrecemos interpretaciones de lo humano desde lo humano [...] dinamizamos el ver y el oír camperos con iluminación categorial porque vemos con el ojo físico y con la mirada del espíritu y oímos con el oído corporal y con el mental” (Lisón Tolosana, 2000:9)

Las decisiones éticas que tomamos, en las que las normas y los valores que encarnamos intervienen conjuntamente, se corresponden a las decisiones metodológicas. Y ambas encauzan el trabajo hacia una dirección u otra, llevando a resultados diferentes pero siempre validos. Todo este proceso influye en la producción de conocimiento de nuestro trabajo individual y también en la producción de conocimiento de nuestra disciplina, por lo que no pueden ser consideradas únicamente como cuestiones personales.

Por este motivo, creo necesario tener en cuenta la experiencia personal en el campo y los dilemas éticos y metodológicos que van surgiendo, si esto permite reflexionar acerca de cómo producimos conocimiento para, recurriendo a Bourdieu, “un progreso en el conocimiento de las condiciones del conocimiento” (Bourdieu, 2007: 9).

Al mismo tiempo, es preciso no olvidar que los dilemas que se generan durante el trabajo de campo no sólo influyen en las interpretaciones finales de la realidad que estudiamos, sino que ellos mismos son fruto de la valoración, y primera interpretación, que hacemos de la situación en la que nos encontramos cuando surgen.

Bibliografía

AMERICAN ANTHROPOLOGICAL ASSOCIATION

- 1998 *Code of Ethics of the American Anthropological Association Approved June 1998*
<http://www.aaanet.org/committees/ethics/ethcode.htm>
- 2009 *Code of Ethics of the American Anthropological Association Approved February 2009* <http://www.aaanet.org/issues/policy-advocacy/upload/AAA-Ethics-Code-2009.pdf>

BARLEY, Nigel

- 1989 *El antropólogo inocente*. Barcelona : Editorial Anagrama.

BOURDIEU, Pierre

- 1999 “Comprender”, en Bourdieu, P. (Direct.). *La miseria del mundo*: 527-543. Madrid: Akal.
- 2007 *El sentido práctico*. Salamanca: Siglo XXI.

BUSONI, Mila

- 2000 *Genere, sesso, cultura*. Roma: Carocci.

CAPLAN, Pat

- 2003 *The ethics of anthropology: Debates and dilemmas*. Londres y Nueva York: Routledge.

CONNEL, Robert

- 1987 *Gender and power: Society, the person and sexual politics*. Cambridge: Polity Press.

CUCÓ, Josepa

- 1995 *La amistad: Perspectiva antropológica*. Barcelona: Icaria.

DEL OLMO, Margarita

- 2010 *Dilemas éticos en antropología. Las entretelas del trabajo de campo etnográfico*. Madrid: Trotta.

DEL VALLE, Teresa (Coord.)

- 2000 *Perspectivas feministas desde la antropología social*. Madrid: Ariel.

- 2002 *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género*. Madrid: Narcea.

DÍAZ DE RADA, Ángel

- 2010 “Bagatelas de la moralidad ordinaria. Los anclajes morales de una experiencia etno-

gráfica”, en Del Olmo, M. (Edits.). *Dilemas éticos en antropología. Las entretejas del trabajo de campo etnográfico*: 57-76. Madrid: Trotta.

DIETZ, Gunther

2011 “Hacia una etnografía doblemente reflexiva: una propuesta desde la Antropología de la Interculturalidad”, en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 6, 1: 3-26.

GOODALL, Harold Lloyd

2000 *Writing the new ethnography*. Lanham: AltaMira Press/Rowman & Littlefield.

GREENWOOD, Davydd J.

2000 “De la observación a la investigación-acción participativa: Una visión crítica de las prácticas antropológicas”, en *Revista de Antropología Social*, 9: 27- 49.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA

2001 *Censo de población y vivienda 2001*. Madrid: INE.

LISÓN TOLOSANA, Carmelo (Edits.)

2000 *Antropología: horizontes interpretativos*. Granada: Universidad de Granada.

JOCILES RUBIO, María Isabel

1997 “Nigel Barley y la investigación etnográfica”, en *Política y Sociedad*, 24: 97-120.

2000 “Trabajo de campo, emociones e interpretación”, en Lisón Tolosana, C. (Edits.). *Antropología: horizontes interpretativos*: 109-152. Granada: Universidad de Granada.

MADISON, D. Soyini

2005 *Critical Ethnography. Method, Ethics, and Performance*. Thousand Oaks-Londres-New Delhi: Sage.

PALACIOS RAMIREZ, JOSÉ

2006 “Comentarios reflexivos sobre la praxis del trabajo de campo”, en *Revista de Antropología Experimental*, 6: 95-105.

PÉREZ DÍAZ, Julio

2006 “Demografía y envejecimiento”, en *Informes Portal Mayores, 51. Lecciones de Gerontología, I* <http://www.imsersomayores.csic.es/documentos/documentos/perez-demografia-01.pdf> (09/06/2006)

RABINOW, Paul

1992 *Reflexiones sobre un campo de trabajo en Marrueco*. Madrid: Jucar.

ROSALDO, Renato

1989 *Culture and truth. The remaking of social análisis*. Boston, Massachusetts: Beacon Press.

SANMARTÍN ARCE, Ricardo

2000 “La entrevista en el trabajo de campo”, en *Revista de Antropología Social*, 9: 105–126.

2003 *Observar escuchar comparar escribir. La práctica de la investigación cualitativa*. Barcelona: Editorial Ariel.

SCOTT, Joan Wallach

1986 “Gender. A useful category of historical analysis”, en *American review*, 5/91: 1053-1075.

VEGA SOLÍS, Cristina

2009 *Culturas del cuidado en transición*. Barcelona: Editorial UOC.

VELASCO, Honorio; DÍAZ DE RADA, Ángel

1997 *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid: Ed. Trotta.